

atención del muchacho, quien había acabado por comprender algo; y como naturalmente iba tomando por una especie de infiltración y penetración lenta, las ideas y las opiniones que formaban á su alrededor, por así decirlo, una atmósfera respirable, llegó poco á poco á no pensar en su padre, sino avergonzándose con el corazón oprimido.

Mientras iba Mario creciendo así, cada dos ó tres meses se escapaba el coronel é iba furtivamente á París como un perseguido por la justicia que ha roto sus cadenas, y se apostaba en San Sulpicio, á la hora en que la señora Guillenormand llevaba á Mario á misa. Allí temeroso de que la tía volviese la cabeza, oculto detrás de un pilar, inmóvil, sin atreverse á respirar, contemplaba á su hijo. Aquel hombre, lleno de cicatrices, tenía miedo de aquella solterona.

De eso mismo provenían sus relaciones con el párroco de Vernón, el señor Mabeuf.

Este digno cura tenía un hermano obrero en San Sulpicio, que había visto muchas veces á aquel hombre, contemplando á su hijo, y había fijado su atención en la cicatriz que le cruzaba el carrillo, y la gruesa lágrima que tenía en sus ojos. Aquel hombre que, si era de varonil aspecto, lloraba como una mujer, había chocado al obrero; su rostro le había impresionado. Un día que fué á Vernón á ver á su hermano, se encontró en el puente al coronel Pontmercy, y reconoció en él al hombre de San Sulpicio. El hermano habló de él al cura, y ambos, bajo un pretexto cualquiera, hicieron una visita al coronel, visita que trajo tras sí luego otras muchas.

El coronel, muy reservado al principio, concluyó por abrir su corazón. El cura y el obrero llegaron á saber toda la historia, y como Pontmercy sacrificaba su felicidad por el porvenir de su hijo. Esto hizo que el cura le mirase con veneración y ternura, y que el coronel cobrase afecto al cura. Por lo demás, cuando por casualidad son ambos sinceros y buenos, nadie se penetra y amalgama más fácilmente como un viejo cura y un soldado viejo. Los dos en el fondo son una misma cosa; el uno se sacrifica por la patria de abajo, y el otro por la patria de arriba; no hay otra diferencia.

Dos veces al año, el primero de Enero y el día de San Jorge, escribía Mario á su padre cartas de atención que le dictaba su tía, y que parecían copiadas de algún formulario; esto era lo único que toleraba el señor Guillenormand; el padre respondía en cartas tiernísimas que el abuelo se guardaba en el bolsillo sin leer.

### III

#### *Requiescant.*

La tertulia de la baronesa de T. era todo lo que Mario Pontmercy conocía del mundo. Era la única abertura por donde podía mirar á la vida. Aquella abertura era sombría, y le daba más frío que calor, más tinieblas que luz. Aquel niño, que era todo alegría y claridad, al entrar en aquel mundo extraño volvióse al poco tiempo triste, y lo que aún era más impropio de sus años, grave. Rodeado de todas aquellas personas imponentes y singulares, miraba seriamente asombrado en torno suyo. Todo contribuía á aumentar en él este estupor.

A este tertulia concurrían algunas viejas nobles venerabilísimas, que se llamaban Mathan, Noé, Lévis, que se pronunciaba Leví, y Cambis, que se pronunciaba Cambyse. Aquellas caras antiguas y sus nombres bíblicos, se mezclaban en la imaginación del niño con el antiguo Testamento que aprendía de memoria, y cuando estaban todas sentadas en círculo, alrededor de un fuego moribundo, iluminadas apenas por una lámpara de pantalla verde, con sus perfiles severos, sus cabellos grises ó blancos, sus luengos vestidos de otros tiempos, en los que no se distinguían más que colores lúgubres, dejando caer á intervalos palabras majestuosas y severas á un tiempo, el niño Mario las contemplaba con ojos azorados, creyendo ver en ellas, no mujeres, sino patriarcas y magas; no seres reales, sino fantasmas.

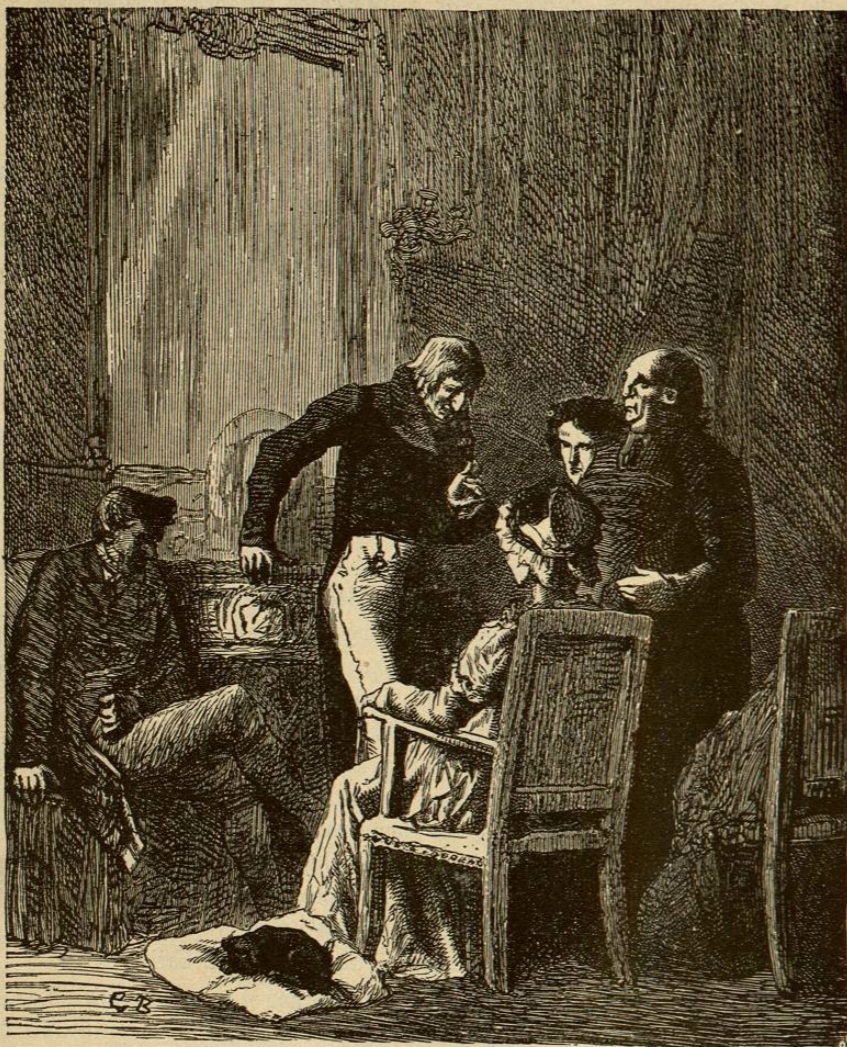
A estos fantasmas se agregaban varios clérigos que frecuentaban aquella tertulia, y algunos nobles; el marqués de Sass\*\*\*, secretario de órdenes de la señora de Berry; el vizconde de Val\*\*\*, que publicaba bajo el pseudónimo de "Carlos Antonio" odas de una sola rima; el príncipe de Beauf\*\*\*\*\*, que siendo aún joven tenía los cabellos grises y una mujer bonita y de talento, cuyos trajes de terciopelo escarlata con trencillas de oro, muy escotados, eran el escándalo de aquella casa sombría; el marqués de C\*\*\*\*\* de E\*\*\*\*\*, que sabía mejor que nadie en Francia "la urbanidad proporcionada"; el conde de Am\*\*\*\*\*, buen hombre de benévolo semblante, y el caballero de Port-de-Guy, columna de la biblioteca del Louvre, llamada el gabinete del rey. El señor Port-de-Guy, calvo, y más envejecido que viejo, contaba que en 1793, cuando tenía dieciséis años, había sido condenado á presidio por refractario, y atacado á la misma cadena que un octogenario, el obispo de Mirepoix, refractario igualmente, pero como eclesiástico, mientras que él lo era como soldado.

Estaban en Tolón. Su obligación era ir á recoger del cadalso, durante la noche, las cabezas y los cuerpos de los guillotinos de día; llevaban á cuestras aquellos troncos destilando sangre, de modo, que sus rojos capotes de presidiario tenían por bajo de la nuca una costra de sangre, seca por la mañana y húmeda por la noche. En la tertulia de la baronesa de T. abundaban las narraciones trágicas, y á fuerza de maldecir á Marat, se aplaudía á Trestaillon. Algunos diputados del género "inhallable" jugaban al wist; el señor Tribord de Chalard, el señor Lemarchant de Gomicourt, y el célebre chancero de la derecha, Cornet Dincourt. El baile de Ferrete, con su calzón corto y sus demacradas pantorrillas, entraba de paso alguna vez en aquella tertulia, al ir á casa de Talleyrand. Había sido camarada de devaneos del conde de Artois, y al revés de Aristóteles, acurrucado debajo de Campaspe, había hecho andar á la Guimard de cuatro pies, y por consiguiente había demostrado á los siglos como puede vengar á un filósofo un baile.

Respecto á los clérigos, eran éstos el abate Halma, el mismo á quien Larose, su colaborador en el "Rayo", decía: "¡Bah! ¿Quién no tiene cincuenta años? Algunos boqui-rubios solamente"; el abate Letourneur, predicador del rey; el abate Frayssinous, que no era todavía ni conde, ni obispo, ni ministro, ni par, y que llevaba una sotana vieja sin botones; y el presbítero Keravenant, cura de San Germán de los Prados; además el nuncio del papa, que era entonces monseñor Macchi, arzobispo de Nisibi, luego cardenal, notable por su larga nariz pensativa; y otro monseñor, que se titulaba abate Palmieri, prelado doméstico, uno de los siete protonotarios participantes de la santa sede, canónigo de la insigne basílica liberiana, abogado de los santos, "postulatore di santi", lo cual se refiere á los asuntos de ca-

nonización, y significa poco más ó menos, procurador de memoriales de la sección del paraíso; y por último, dos cardenales, el señor de la Luzerne y el señor C\*\*\*\*\* T\*\*\*\*\*.

El señor cardenal de la Luzerne era escritor, y tuvo algunos años después el honor de firmar al lado de Chateaubriand algunos artículos en el "Conservador"; el señor de C\*\*\*\* T\*\*\*\* era arzobispo de Toul\*\*\*, y solía ir con frecuencia á París á pasar una temporada en casa de su sobrino el marqués de T\*\*\*\*\*, que fué



ministro de Guerra y Marina. El cardenal arzobispo de Toul\*\*\*, era un viejecillo alegre, que enseñaba sus medias rojas bajo la sotana arremangada; su especialidad era odiar la enciclopedia, y jugar perdidamente al billar. En aquella época, las gentes que pasaban durante las noches de verano, por la calle M\*\*\*\*, donde estaba entonces el palacio de C\*\*\*\*\*T\*\*\*\*\*, se paraban á escuchar el choque de las bolas, y la voz chillona del cardenal que gritaba á su conclavista, monseñor Côtret, obispo "in partibus" de Caryste: "Apunta, capellán, otra carambola".

El cardenal arzobispo había sido presentado en casa de M. de T. por su más íntimo amigo el señor de Roquelaure, antiguo obispo de Senlis, y uno de los cuarenta académicos. El señor de Roquelaure era notable por su elevada estatura y por su asiduidad en la Academia. Al través de la puerta vidriera de la sala contigua á la biblioteca, donde la Academia francesa celebraba entonces sus sesiones, los curiosos podían ver todos los jueves al antiguo obispo de Senlis, casi siempre en pie, recién empolvado el pelo, con medias moradas, de espaldas á la puerta, sin duda para dejar ver mejor su alza-cuello. Todos estos eclesiásticos, aun cuando eran tan cortesanos como hombres de iglesia, aumentaban la gravedad de la tertulia de la baronesa de T. cinco pares de Francia, el marqués de Vib\*\*\*\*, el marqués de Tal\*\*\*, el marqués de Herb\*\*\*, el vizconde de Damb\*\*\* y el duque de Val\*\*\*\*\* acentuando el aspecto señorial. Este duque, aún cuando era príncipe de Mon\*\*\*, es decir, príncipe soberano extranjero, tenía formada tan elevada idea de Francia y de la dignidad de par, que todo lo veía al través de ellas, y solía decir: "Los cardenales son los pares de Francia de Roma; los lores son los pares de Francia de Inglaterra". Por lo demás, como la revolución en este siglo debe entrar en todas partes, aquel salón feudal estaba, según hemos dicho, dominado por un hombre de la clase media. El señor Guillenormand reinaba allí.

Aquella era la esencia y la quinta esencia de la sociedad parisiense de la bandera blanca; allí se ponía en cuarentena todas las famas, aún cuando fueran realistas, puesto que en toda fama hay algo de anárquico. Chateaubriand entrando allí hubiera producido el efecto del padre Duchesne. Sin embargo, en esta sociedad ortodoxa, entraban por tolerancia, algunos arrepentidos. El conde Beug\*\*\* fué admitido á título de corrección.

Las tertulias "nobles" de hoy día, no se parecen á aquellas en nada. El barrio de San Germán moderno, huele á hereje, y los realistas de ahora son demagogos; digámoslo en elogio suyo.

En casa de la baronesa de T., como la tertulia se componía de lo más superior, dominaba un gusto exquisito y altanero bajo la flor de una urbanidad refinada. Los hábitos y modales llevaban consigo toda clase de refinamientos involuntarios, que pertenecían al antiguo régimen enterrado, pero vivo. Algunas de aquellas maneras, en el lenguaje sobre todo, eran muy caprichosas; los observadores superficiales habrían tomado por provincialismo lo que no era más que antigualla. Llamábase á una dama "la señora generala"; y no era del todo inusitado llamar á otra "señora coronela". La simpática señora de León, en memoria sin duda, de las duquesas de Lougueville y de Chevreuse, prefería ese apelativo á su título de princesa. La marquesa de Créquy se había llamado también "señora coronela". Fué en este "gran mundo" quien inventó el refinamiento de decir siempre en las Tullerías, hablando al rey en intimidad, "el rey" en tercera persona, y no decir nunca "vuestra majestad", había sido "profanado por el usurpador".

Juzgábanse los hechos y los hombres; burlábanse del siglo, con lo cual quedaban dispensados de comprenderle; auxiliábanse en estas admiraciones y se comunicaban mutuamente la cantidad de luz que cada uno poseía. Matusalen enseñaba á Epiménides; el sordo ponía al corriente al ciego. Declarábase como no pasado el tiempo transcurrido desde Coblenza, y así como Luis XVIII estaba por la gracia de Dios en el vigésimo quinto año de su reinado, los emigrados se encontraban de derecho en el vigésimo quinto año de su adolescencia.

Todo era relativo; nada había vivido demasiado; la palabra era apenas un soplo; el periódico, de conformidad con la tertulia, parecía un papiro. No faltaban jóvenes, pero estaban casi muertos. En la antecámara, las libreas eran anticuadas; aquellos personajes, completamente pasados de moda, tenían criados de su época. Todo parecía que había vivido demasiado tiempo, luchando obstinadamente con el sepulcro.

Conservar, Conservación, Conservador. He aquí poco más ó menos todo su diccionario; "oler bien" era lo importante. Y, en efecto; las opiniones de aquellos grupos venerables estaban amortizadas; sus ideas oían á nardo de embalsamar. Era aquel un mundo amomado. Los amos estaban embalsamados, los criados rellenos de paja.

Una vieja y digna marquesa, recién llegada de la emigración y arruinada, no tenía más que una sirvienta y seguía diciendo: "Mis criados".

¿Qué hacían en la tertulia de la baronesa de T? Eran ultras.

Ser ultra no tiene hoy significación, aunque lo que representa no haya desaparecido. Expliquémonos:

Ser ultra, es ir más allá; es hacer la guerra al cetro en nombre del trono, y á la mitra en nombre del altar; es maltratar lo que se arrastra; es arrear al tiro; es denigrar la hoguera por su decadencia en tostar herejes; es reprochar al ídolo su poca idolatría; es insultar por exceso de respeto; es no hallar en el papa bastante papismo, en el rey bastante realeza, y hallar demasiada luz en la noche; es estar descontento del alabastro, de la nieve, del cisne y de la azucena en nombre de la blancura; es ser partidario de las cosas hasta el punto de hacerse su enemigo; es llevar el pro hasta la contra.

El espíritu ultra caracteriza especialmente la primera fase de las Restauraciones.

No hay nada en la historia parecido al cuarto de hora que empieza en 1814 y termina en 1820, al advenimiento de Villele, el hombre práctico de la derecha.

Estos seis años fueron un momento extraordinario, brillante y opaco al mismo tiempo, risueño y sombrío, iluminado como por la claridad del alba, y cubierto á la vez por las tinieblas de las grandes catástrofes que llenaban aún el horizonte, perdiéndose lentamente en lo pasado. Hubo allí, en aquella luz y en aquella sombra, un pequeño mundo nuevo y viejo, bufón y triste, juvenil y senil, restregándose los ojos, que nada se parece tanto al despertar como la vuelta de una emigración; grupo que miraba á Francia con recelo, y era mirado por Francia con ironía; viejos buhos aristócratas llenando las calles, los que aparecen y los aparecidos, "en lo antiguo" estupefactos de todo, valientes y nobles hidalgos que se sonreían de estar en Francia, y lloraban también sorprendidos de volverla á ver, desesperados por no encontrar ya su monarquía; la nobleza de las cruzadas, despreciando á la nobleza del Imperio, es decir, á la nobleza de la espada; las razas históricas que habían perdido la significación de la historia; los hijos de los compañeros de Carlo Magno, menospreciando á los compañeros de Napoleón. Las espadas, como acabamos de decir, se enviaban recíprocamente el insulto; la espada de Fontenoy era objeto de risa, y estaba cubierta de orín; la espada de Marengo era odiosa, y no se veía en ella más que un sable. El "Antiguamente" desconociendo el "Ayer".

No se tenía el sentimiento de lo grande ni el sentimiento de lo ridículo, y hubo

quien llamó Scapin á Bonaparte. Aquel mundo no existe ya; nada queda de él. Cuando por casualidad sacamos de él alguna figura, y tratamos de hacerla revivir en la imaginación, nos parece tan extraña como un mundo antediluviano; y es que, en efecto, ha sido sumergida también por un diluvio. Ha desaparecido bajo dos revoluciones. ¿Qué olas tan poderosas son las ideas! ¿Cómo cubren rápidamente todo lo que deben destruir y sepultar en cumplimiento de su misión; y qué pronto abren terribles profundidades!

Tal era la fisonomía de las tertulias de aquellos tiempos lejanos y cándidos en que Martainville tenía más ingenio que Voltaire.

Aquellas tertulias tenían una literatura y una política propias. Creíase en Fiévée; Agier imponía la ley; comentábase á Colnet, publicista que vendía libros viejos en el muelle Malaquais. Napoleón era reconocido solamente por el ogro de Córcega. Más tarde fué una concesión al espíritu del siglo el introducir en la historia al señor de Bonaparte, teniente general de los ejércitos del rey.

Aquellas tertulias no se conservaron mucho tiempo puras. Desde 1818 empezaron á germinar en ellas algunos doctrinarios, matíz sospechoso que tenía por sistema ser realista, disculpándose de serlo. Los doctrinarios estaban avergonzados donde los ultras triunfaban. Tenían talento, y guardaban silencio; su dogma político estaba convenientemente aderezado de gravedad; debían por lo tanto, triunfar. Hacían, por otra parte, útiles excesos de corbata blanca y frac abotonado. El error ó la desgracia del partido doctrinario ha sido crear una juventud envejecida. Tomaban actitudes de sabios; soñaban en ingertar en el principio absoluto y excesivo, un poder templado. Oponían, y á veces con rara inteligencia, al liberalismo demoleedor un liberalismo conservador, y se les oía decir:

"Perdón para el realismo: nos ha hecho más de un beneficio. Nos ha traído de nuevo la tradición, el culto, la religión, el respeto; es fiel, valiente, caballeresco, amante y rendido. Viene á mezclar, no sin pesar, las nuevas grandezas de la nación con las grandezas seculares de la monarquía. Tiene la desgracia de no comprender la Revolución, el Imperio, la gloria, la libertad, las nuevas ideas, las nuevas generaciones, el siglo. Pero este defecto que tiene respecto de nosotros, ¿no le tenemos nosotros algunas veces también respecto de él? La Revolución de la que somos herederos, debe tener conocimiento de todo. El contra-sentido del liberalismo es atacar al realismo. ¿Qué falta! ¿Qué ceguera!

"La Francia revolucionaria no respeta á la Francia histórica; es decir, á su madre; esto es, á sí misma. Desde el 5 de Septiembre se trata á la nobleza de la monarquía como desde el 8 de Julio se trataba á la nobleza del Imperio. Ellos han sido injustos para con el águila; nosotros lo somos para con la flor de lis. ¿Se desea, pues, tener siempre algo que proscribir! ¿Desdorar la corona de Luis XIV, raspar el escudo de Enrique IV es útil por ventura? Nos burlamos de Vaublaue, que borraba las NN. del puente del Jena! ¿Y qué hacía? Lo que hacemos nosotros. Bouvines nos pertenece lo mismo que Marengo; y las flores de lis lo mismo que las NN. Este es nuestro patrimonio. ¿Por qué mermarlo? No debemos renegar de la patria por lo pasado ni por lo presente. ¿Por qué no hemos de admitir toda la historia? ¿Por qué no hemos de amar á toda la Francia?"

De este modo criticaban y protegían los doctrinarios el realismo: descontentos porque le criticaban, furiosos porque le protegían.

Los ultra señalaron la primera época del realismo; la congregación caracterizó la segunda. A la pasión sucedía la habilidad. Terminemos aquí nuestro bosquejo.

En el curso de esta narración, el autor de este libro ha encontrado en su camino ese punto curioso de la historia contemporánea; y al pasar, ha debido dirigirle una mirada, y trazar alguno de los perfiles singulares de aquella sociedad desconocida hoy. Pero lo hace rápidamente, y sin ninguna idea amarga ó irrisoria. Algunos recuerdos afectuosos y respetuosos, pues que se refieren á su madre, le unen á ese pasado. Por otra parte, debemos consignarlo, aquel pequeño mundo tenía su grandeza. Podemos sonreírnos; pero no despreciarle ni odiarle. Era la Francia de otros tiempos.

Mario Pontmercy hizo, como todos los niños, ciertos estudios. Al salir de las manos de su tío Guillenormand, su abuelo le entregó á un digno profesor de la más pura inocencia clásica, y aquella alma joven que empezaba á abrirse, pasó de una mozigata á un pedante. Mario pasó los años de colegio para entrar luego en la escuela de jurisprudencia. Era realista, fanático y austero. Amaba poco á su abuelo, cuya alegría y cinismo le desagradaban, y era sombrío con respecto á su padre.

Por lo demás, era un mozo entusiasta y frío, noble, generoso, altivo, religioso, exaltado, digno hasta la dureza, puro hasta el salvajismo.

## IV

**Fin del bandido.**

La terminación de los estudios clásicos de Mario coincidió con la despedida de la sociedad del señor Guillenormand. El viejo dió un adiós al barrio de San Germán y á las reuniones de la baronesa de T., yendo á establecerse en el Marais en su casa de la calle de las Hijas del Calvario. Allí tenía por criados, además del portero, á la doncella Nicolásita, que había sucedido á la Magnón, y á aquel vasco finchado y cansino, de que hemos hablado anteriormente.

En 1827 Mario acababa de cumplir diecisiete años. Un día, al volver á su casa, vió á su abuelo con una carta en la mano.

—Mario,—dijo el señor Guillenormand,—mañana saldrás para Vernón.

—¿Para qué?—preguntó Mario.

—Para ver á tu padre.

Mario se estremeció.

En todo había pensado, menos en que podría llegar un día en que tuviese que ver á su padre. No podía ocurrirle nada más inesperado, más sorprendente, y digámoslo también, más desagradable. Era la antipatía obligada á convertirse en simpatía; no era un disgusto, pero sí un trabajo pesado.

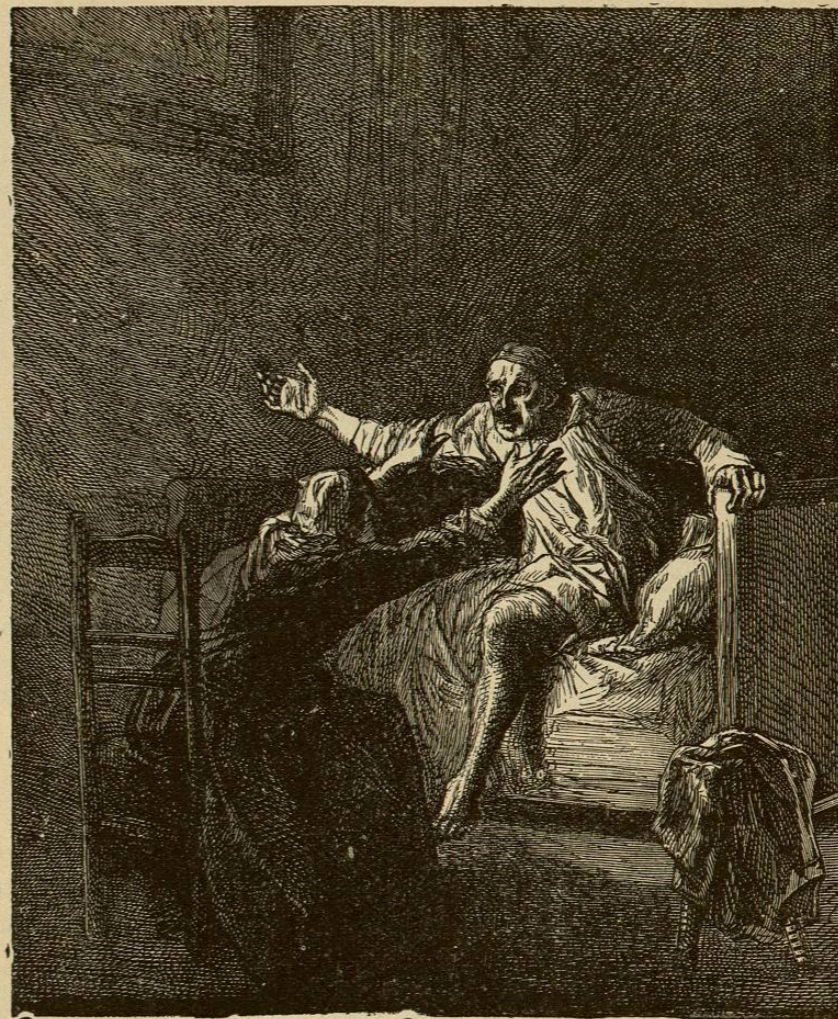
Mario, además de sus motivos de antipatía política, estaba convencido de que su padre, el acuchillador, como le llamaba Guillenormand en sus días de mayor afabilidad, no le amaba; esto era evidente, puesto que así le había abandonado y

entregado á otras manos. Creyendo que no era amado, no amaba. Nada más natural, se decía á sí mismo.

Se quedó tan estupefacto, que no preguntó nada al señor Guillenormand. El abuelo añadió:

—Parece que está enfermo, y te manda llamar.

Y después de un rato de silencio añadió:



—Saldrás mañana por la mañana. Creo que hay en la plazuela de las Fuentes una diligencia que sale á las seis y llega por la noche. Toma billete. Dice que corre prisa.

Después arrugó la carta y se la metió en el bolsillo. Mario hubiera podido partir aquella misma noche y estar al lado de su padre al día siguiente por la mañana, porque salía entonces de la calle Bouloy una diligencia que iba de noche á Ruan, pasando por Vernón.

Pero ni el señor Guillenormand ni Mario pensaron en informarse.